



## Memorias de Adriano

Marguerite  
Yourcenar

## Ana Victoria Velázquez Díaz

*5º Semestre  
Lic. en historia  
Universidad Autónoma  
de Aguascalientes*

En la presente reseña, se pretende comentar el libro *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar (1951), en el cual la autora nos presenta una novela histórica con excelentes técnicas narrativas que nos hacen creer estar escuchando la voz del mismísimo emperador romano a través de la tinta. Efectivamente, este libro nos habla sobre Adriano, quien gobernó el Imperio Romano en el siglo II de nuestra era, y cuya vida es contada por medio de una carta dirigida a su sucesor Marco Aurelio.

De la mano de dicho emperador, la autora nos revela reflexiones muy importantes sobre diversos temas, que probablemente nos han perseguido y hecho dar vueltas en la cama a más de uno de nosotros en una típica noche de insomnio: el poder, la enfermedad, el éxito, la erudición, la poesía, el amor, la pérdida; en fin: la vida.

En primer lugar debe notarse que la idea del poder que se nos transite a través de este personaje es impresionante, pues, como si se adelantara a su tiempo y parafraseara la idea de Maquiavelo sobre si un príncipe debe ser amado o temido, nuestro emperador nos resume esta idea de una manera mucho más comprensible al manifestar que: “el oro virgen del respeto sería demasiado blando sin una cierta aleación de temor” (p. 97),<sup>1</sup> de esta manera, las tácticas políticas y diplomáticas son implicadas en su carta, con muestras como: “tener razón demasiado pronto es lo mismo que equivocarse” (p. 81) y “se insulta al prójimo cuando se desdeñan sus alegrías” (p. 99).

La idea que más me ha gustado de esta sorprendente obra fue la visión de Adriano sobre el amor.<sup>2</sup> Si bien en un inicio expresa: “no estoy seguro de que el descubrimiento del amor sea por fuerza más delicioso que el de la poesía” (p. 39), pasa después a hablarnos sobre este sentimiento y su destinatario, de una manera tan poética que podríamos pensar que sólo considera a la poesía más importante porque la encuentra como el mejor medio para hablar del amor.

El amor de su vida fue Antínoo, un hermoso joven que captó su atención desde el primer momento en que lo vio, y a pesar de las dificultades que representaba una relación íntima con el emperador, desarrollaron una fuerte amistad basada en dicho sentimiento.

Adriano habla de sus años con Antínoo como algo mágico, la cumbre de la felicidad, el siglo de oro, pero como en todo clímax el éxtasis fue efímero y pronto afirma: “No amaba menos, sino al contrario. Pero el peso del amor, como el de un brazo tiernamente posado sobre un pecho, se hacía cada vez más difícil de soportar” (p. 161). Es así como la crisis de la relación comienza, ya que nuestros amantes se vuelven víctimas del mismo mal que afecta a cualquier pareja del siglo XXI: un capricho antes sobrellevado con ternura es ahora visto como una molestia, inmadurez y causa legítima de enojo, pero el amor sigue ahí, escondido entre las pesadas cortinas de la rutina; sin embargo, ante un acto que lastima a aquel que se ama éstas se alzan, dejando entrever aquello por lo que ha valido la pena soportar lo insostenible: “Llegué a golpearlo: me acordaré siempre de sus ojos espantados. Pero el ídolo abofeteado seguía siendo el ídolo, y comenzaban los sacrificios expiatorios” (p.162).

Aun así, parece que la relación sobrevive, al menos hasta que la tormenta de la muerte hunde dicho navío. Antínoo se suicida en Egipto a la corta edad de vein-

1 Yourcenar, Marguerite, *Memorias de Adriano*, Random House Mondadori Debolsillo, México, 2013.

2 Esta idea se desarrolla específicamente en el capítulo tercero que lleva por título “*Saeculum Avreum*” traducido del latín como “Siglo de Oro”.

te años, bajo la esperanza, alimentada por el culto de Mitra, de que así el emperador podría tomar los años de vida que a él le sobrasen. Este episodio representa un corte importante en la vida de Adriano, ha muerto su compañero, su amigo, el amor de su vida. Bien dicen que no se sabe lo que se tiene hasta que se lo ve perdido, principalmente porque nunca se consideró la posibilidad de perderlo. Es así que nuestro protagonista, cuyo poder le parecía infinito, al punto de creerse divino, se ve sumido en la desgracia y la pena de perder a un ser amado. “Si había esperado protegerme mediante su sacrificio, debió pensar que yo lo amaba muy poco para no darse cuenta de que el peor de los males era el de perderlo” (p. 182). Con la idea de honrarle, Adriano funda una ciudad con su nombre, y representaciones del joven como Osiris la inundan; ya sea fruto de la

culpa, del amor o de la idolatría, Antínoo se convierte en dios.

En ciertas conversaciones informales con algunos colegas, éstos expresaron su descontento hacia las alusiones homosexuales de la novela, cosa que en un principio me molesto a sobremanera y me pareció anacrónico; sin embargo, después comprendí que dicha postura es entendible debido a la educación y formación familiar a la que hemos estado sujetos por mucho tiempo, y de la cual es difícil desligarse. Personalmente considero esta novela como una obra exquisita, se disfruta y se toma nota de ella; creo que es imposible no identificarse con alguna de las formas en que Adriano ve el mundo, algo muy difícil de crear en un solo personaje, pero que Yourcenar logra al presentarnos una progresiva transformación de dicho individuo.